

VIAJES

VIAJE A ALEMANIA CON LOS AMIGOS DE LOS MUSEOS DE OSUNA

por
JOSÉ M^a LÓPEZ PUERTA

Hace unos días, José María, nuestro presidente, me llamaba para comunicarme la gran noticia de que M^a Luisa, su mujer, estaba perfectamente recuperada y la enfermedad había pasado como una borrasca.

Tras esta alegre noticia me sugería que narrara nuestro viaje a Alemania y al aceptar esta responsabilidad volvía atrás mis recuerdos para narrar mis impresiones de las rutas y sobre todo hablar de los hombres y mujeres que en común amistad y con gran cariño supimos realizar el viaje, enfrentarnos a sus desajustes, más sobrevenidos que presupuestados, y tras

conocer catedrales, museos, palacios, ríos, rutas y en algunos casos charangas y festejos populares, llegar, finalmente, a nuestro destino de partida.

Los amigos de los museos son humanistas, y si algo debemos resaltar de nuestros viajes es la templada cordialidad familiar que en ellos se vive desde el primer momento.

Entre llamadas de unos y otros e ilusiones por el porvenir, el 8 de julio nos dimos cita a las 6.30 h. de la mañana en el aeropuerto de Sevilla, comenzando así nuestro europeizante viaje que como inicio tuvo la grata sorpresa del encuentro entre amigos y el comentario de que Patricio y Angelita no venían con nosotros a la excursión.

Tras escala en Madrid llegamos al aeropuerto de Munich a mediodía donde nos esperaba nuestro amable chófer, Domingo, y nuestro guía, Sergio, del que hablaremos posteriormente.

Del aeropuerto nos dirigimos al Hotel Europa, que como todo lo alemán era un correcto hotel, algo más lejos del centro de lo que nosotros suponíamos. En el camino hacia el mismo vimos una panorámica de la ciudad y al ver su estadio de fútbol, Gonzalo, nieto de César Pascual, mostró gran interés en conocerlo. La ciudad y los edificios eran hermosos y algunos coronaban sus fachadas con anagramas de famosas casas comerciales o de automóviles, como la BMW.

Por la tarde, en medio de un estado eufórico, fuimos en autobús a la Pinacoteca Antigua, observamos y contemplamos sus hermosas pinturas al mismo tiempo que una exposición de Murillo que estaba en esos momentos.



PALACIO DE SANS SOUCI (POSTDAM)

El viajero es tal, sobre todo, cuando camina a pie, siempre que puede, por ello cuando tras la visita al museo se nos propuso volver al hotel la mayor parte del grupo decidió callejear por Munich, por sus plazas, parques y calles, hasta llegar a su Ayuntamiento, magnífico edificio noble con fachada de piedra con agujas en sus torres y un muy bonito carrillón que esperamos diera las horas para observar el movimiento de sus figuras. Algunos optaron por sentarse en las terrazas, otros por callejear y ver la catedral, con sus torres terminadas en cúpulas semejantes a las iglesias ortodoxas y luego un grupo muy numeroso, capitaneado por Manolo Cascajosa, estuvo de acuerdo en irse a una cervecería donde una banda alemana nos animaba a cantar, reír y tomar cerveza con buenas salchichas.

El día siguiente, 9 de julio, salimos para Ausburgo, ciudad en la que alrededor de 1,500 vivían los ricos «Fugger», banqueros del Rey Carlos V, depositándonos el autobús y el «guía» en las proximidades de su Ayuntamiento. El doctor Bernardino Fajardo, inquieto viajero, se constituyó en improvisado jefe de un grupo mediano y tras su máquina tomavistas visitamos el Ayuntamiento, las casas Fugger, la católica iglesia gótica del Santo Ulrich y curiosamente, pared con pared, la iglesia protestante del mismo Santo. Vimos también el barrio «Fuggerel», construido en 1516 por la familia del mismo nombre para la gente más pobre de la ciudad y en donde vivían y viven únicamente familias nacidas en Ausburgo y católicas.

Si os tengo que decir qué es lo que más me llamó la atención de esta ciudad, además de lo comentado, quizás yo señalaría las flores, pues por la estación del año en la que estábamos se encontraban en su máximo esplendor.

Por la tarde visitamos, esta vez con guía, Munich, y por la noche fuimos a una cena bávara, en un típico restaurante, dónde tomamos codillo amenizado

por un espectáculo de música cenceril.

El tercer día de viaje aparecía muy prometedor en lontananza, la visita a Nuremberg, ciudad ligada a recuerdos bélicos plasmados en numerosas películas y a tribunales de postguerra, se auguraba atractiva.

Efectivamente Nuremberg no nos defraudó, ciudad reconstruida totalmente, pero en perfecta armonía con su pasado. Asemejaba una ciudad medieval muy bella. La vista de sus calles y plazas fue atractiva recordando el hermoso carrillón de su catedral, donde los príncipes electores rendían homenaje al Rey. La visita de los campos de Zepelín nos llevó hasta las tribunas donde los nazis escenificaban parte de su teatral actitud. A la salida nos fue mostrado el lugar donde se celebraron los juicios de criminales de guerra y tras esta visión, salíamos para Rotenburgo.

Rotenburgo tenía un extraño encanto para nuestro guía, ya que en el camino hacia esa hermosa ciudad nos habló, muchas veces, de su experiencia pasada durante un invierno en la misma. Mis recuerdos de esta ciudad son muy agradables, como agradable es lo que conforma el romanticismo y esta ciudad forma parte de lo que se ha dado en llamar «ruta romántica».

Recuerdos..., las casas con tejados inclinados y fachadas con maderas incrustadas, sus bellas fuentes, sus flores, su recinto amurallado. Una ciudad con muchas cuestas para algunos viajeros, el calor, las escaleras del ayuntamiento, que servían de descanso en algunos casos, una muralla en la que hubo de animarse alguna viajera para atravesar sus estrechas escaleras de madera. Un museo, «el kriminal», nos transportó a épocas medievales. Una comida en la ciudad.

Mediada la tarde salimos para nuestro nuevo destino, hacia Heidelberg y hacia nuestra nueva posada, un hotel llamado pompósamente Residenz



STRASBURGO

Limburgerhof y más incorrectamente ubicado a las afueras de la ciudad universitaria. El hotel era bueno, estaba próximo a una estación de ferrocarril, donde los trenes no paraban y a unos 50 Kms. de Heidelberg, ésto es como si Vds. vinieran a visitar Sevilla y pasaran la tarde-noche en Arahál, sin menoscabo, lógicamente de este pueblo. Mis recuerdos se unen inevitablemente a los trenes pasando constantemente y a una enorme tormenta nocturna.

Un hecho humano, Mariano llamando a la agencia y yo junto a él, para informar dónde nos encontrábamos y las diferencias de opinión surgidas días anteriores y ese mismo día con nuestro guía, sobre todo por no haber visto más que de pasada la Casa de Albrecht Dürer.

Sergio, ésto es nuestro acompañante, debía de padecer a mi entender algún trastorno que afloraba cuando los grupos no se dejaban mangonear por él. Es obvio que no había leído una obra de Ortega y Gasset llamada *La rebelión de las masas*, ya que lo que ulteriormente aconteció fue un motín y como mi amigo Antonio Fernández comenta, los motines no pueden ser yugulados si alguien no paga su error. Si consideramos que había un grupo homogéneo y un ser foráneo, lo lógico es que el pago fuera del foráneo, como luego conocerán.

La mañana siguiente amaneció brumosa, en todos los aspectos, Heidelberg, ciudad de gratuitos recuerdos para mí, y en cuya universidad unos meses antes había yo hablado, se presentaba como nuestro próximo objetivo.

Tras los correspondientes kilómetros de autobús, avistamos el grandioso río Neckar, y en seguida el castillo que corona la ciudad. La visita al castillo y a la ciudad fue completa, aunque no pudimos ver la universidad. Un personaje a recordar «Perqueo», curioso italiano encargado de vigilar la enorme cuba de vino de la fortaleza y cuyo nombre le sobrevino ante su constante aceptación con su «per que no» a la invitación de cualquier vaso de vino. Por cierto, cuenta el dicho popular que gracias a su meticuloso cuidado de la cuba y su contenido vivió hasta los 85 años. La lluvia no nos dejó en toda la visita.

De esta ciudad partimos hacia Friburgo, lo que a nuestro guía no le agradaba, empeñado en cambiar rutas y destinos. En esta ciudad llantamos y sin ver la selva negra partimos hacia Estrasburgo, en medio de una tarde bonancible, climáticamente, e irascible en nuestras relaciones con el foráneo. Como en Fuenteovejuna, Estrasburgo decidimos recorrerla todos juntos, y a fé mía que fue una visita encantadora, de una ciudad medieval bonita, vista desde un trenecillo. La catedral magnífica, sus calles medievales encantadoras y una promesa, volver nuevamente a la ciudad pues la abandonamos demasiado pronto.

Al día siguiente, de nuestra Resindenz partió nuestra embajada hacia St. Goar a través de bellos pai-

sajes rústicos, poblados alemanes perfectamente equilibrados y que nos permitían entender la armonía entre las pequeñas y las grandes poblaciones.

Pilar Pastor, en el viaje se convirtió de madrileña en lepera, ante los persistentes chistes sin gracia con referencia a Lepe de nuestro guía.

En St. Goar, lugar al que habíamos llegado por autopista en vez de por carreteras del Rhin, pudimos contemplar la enorme belleza del río y tras pasar por el bonito pueblo y comprar algunos recuerdos, más de uno, embarcar en un viaje fluvial hasta Coblenza, por cierto el barco nos dejó antes del puerto citado. El vino del Rhin, el buen ambiente y la ausencia del foráneo fueron capaces de darnos una espléndida mañana mientras contemplábamos las orillas del río y los castillos en ellas aposentados. Más de uno dado a premoniciones industriales comprendió mejor aquí el enorme desarrollo alemán, ya que el tráfico fluvial se unía al tráfico ferroviario que como si fuera una maqueta iba paralelo a cada una de las orillas del río.

Al terminar nuestra excursión, en un puerto de las orillas de Rhin, todos estábamos contentos y tras atravesar la ciudad de Coblenza nos dirigimos hacia el Valle del Mosela. Encontrar el valle no fue sencillo, pues primero nuestro guía desconocía totalmente el camino, nuestro chófer idem de idem y al único viajero que, plano en ristre, era capaz de llevarnos al mismo no le dejaban hablar. En fin que tras atravesar montañas y bosques, caminos y carreteras, acabamos finalmente en el deseado valle, esa zona de belleza y tranquilidad sin par, que tenía sus orillas llenas de cultivos de vides en inclinadísimas fincas que atraían la atención del espectador poderosísimamente.

Pero si el Mosela valía la pena, más valía el Castillo de Burg Eltz. El llegar al mismo fue como buscar en un lugar ignoto el castillo de un cuento de hadas, pero al fin llegamos. Quizás un poco tarde, pero mereció la pena. Se había cumplido la excursión y de allí nos dirijíamos a Colonia. Antes de llegar nuestro Sergio se despidió de la excursión, había sido relevado de su presunto mando. No puedo pasar sin tratar de aclarar dos posturas que siempre me han llamado la atención, la del necio y la del malvado. Anatole France decía que el necio era el personaje más funesto porque el malvado o siniestro descansa alguna vez, pero el necio en su torpe visión no descansa jamás. Y a fé mía que hasta ese momento nuestro guía jamás descansó, aunque en honor a la verdad, jamás pudo con la «masa».

La llegada a Colonia nos enfrentó a una difícil búsqueda de nuestro hotel, Servatius, el cual tras numerosas entradas y salidas por parques y puentes y finalmente gracias a la inestimable cordialidad de un amable alemán que con su coche nos guió hasta nuestro aposento, pudimos por fin hallar. Una vez allí vino el relevo, una guía nos esperaba en el

hotel y comenzábamos así una nueva etapa de nuestro viaje.

Colonia, ciudad situada junto al Rhin, es una hermosísima ciudad, sede de ferias europeas y cuya letra primera del nombre, esto es la C, va unida a su Catedral, a su Capilla de los Reyes Magos, a su Comercio y a su “Agua de Colonia” que los excursionistas probamos en una gran tienda central. Una visita guiada a la Catedral, una vista de la Ciudad desde la orilla opuesta del Rhin, un paseo por sus calles y una panorámica en autobús nos dejó un recuerdo del lugar y un deseo, volver al mismo. Como anécdota el “Agua de Colonia”, nos enteramos que en un principio era una bebida refrescante.

Tras la comida en un restaurante próximo a nuestro hotel partimos hacia Berlín. El largo viaje nos reveló descubrimientos humanos inigualables de los pasajeros. Los excursionistas relataban sus lances, gracias, chistes, detalles, de tal forma que el viaje se nos hizo corto y el trato humano extenso.

Un personaje singular, Gonzalo, su facilidad para sintonizar con las gentes, su arte novelesco para explicar los chistes, su expresivo cariño hacia los demás y un montón de cualidades difíciles de narrar nos hizo que toda la excursión recordara el trayecto como algo vivo y excepcionalmente entrañable.

Y después... Berlín. La gran Metrópoli. La ciudad reunificada, la curiosidad, el mito, la leyenda, la ciudad dividida.

Tras una entrada relativamente rápida, llegamos a nuestro hotel, cuyo nombre, Forum, en la Alexander Platz, nos mostraba un altísimo edificio en la antigua parte este de Berlín, colocado entre avenidas largas y anchísimas. Tras reparto de los viajeros por sus pisos vino el reparador descanso, aunque curiosamente no para todos.

La mañana siguiente nos recibía en un bonito día. Una panorámica con un magnífico guía nos mostraba una ciudad cuyo cambio aún no había concluido. La puerta de Branderburgo, la Kurfusedam, la avenida Unter der Linden, el edificio de las Galerías Lafayette y los restos del muro, descubrían a los viajeros el nuevo Berlín. La visita a la isla de los museos y sobre todo el Museo Pergamon, con sus templos y plazas y la visión de la puerta de Babilonia colmaron a nuestros ojos la belleza de la Historia perfectamente explicada por un correctísimo y culto guía local que nos enseñó y ayudó a entender la cultura mesopotámica.

Tras un sabroso codillo tomado en un restaurante donde se hablaba español, volvimos para contemplar el Palacio de Charlottenburg, sólo por fuera, y el Museo egipcio donde pudimos admirar el busto de Nefertiti y volando nos aproximamos a ver la exposición de Picasso y su época. ¿Sabes una cosa?, los árboles de Berlín están todos numerados.

Al volver en autobús, de lejos, se nos señaló don-

de estaba el barrio judío y decir esto era incitar a los viajeros a conocerlo, por lo que una vez llegados al hotel decidimos emprender una excursión a pie, llegando hasta la Sinagoga judía y muy próximo a ella, en un barrio berlinés, una cerveza negra y una cena completaban nuestra agotadora jornada.

El penúltimo día tenía como destino nuestra excursión hasta Postdam, mítico sitio ligado a encuentros y conferencias políticas, a cuyo lugar llegamos atravesando un puente metálico, muchas veces visto en las películas, para trueque de espías entre Este y Oeste. El Palacio de SansSouci, la casa de China y la visita a los enormes jardines-terrazas nos hicieron pasar una mañana inolvidable. Nuestro guía desvelaba poco a poco las inmensurables bellezas que nuestros ojos vieron. Un reparador almuerzo en el hotel nos dejó una tarde libre aprovechada distintamente por unos y otros.

Un recuerdo, mi amigo Bernardino Fajardo, comentándome chistes sobre Federico de Prusia.

Nuestro grupo, capitaneado por Elisa, fue capaz de montarse en un autobús y dirigirse hasta la Kurfusedam, pasear por el Berlín Occidental y comprobar la enorme diferencia entre una y otra parte de la ciudad.

Una nota humana, el chófer del autobús “indicando” a los pasajeros españoles que hablaran más bajo, esto, más bien supuesto que entendido.

Un sentimiento, nostalgia para nuevamente volver a Alemania y reconocer Berlín.

La noche estaba ya sobre nosotros, en un rincón de la cafetería del hotel los viajeros tomamos unas viandas con vinos de Rhin, y sintiéndonos un poco alemanes y un mucho españoles, recordamos entre alegrías y risas los días vividos.

El último día, una mañana brumosa berlinesa nos acompañaba, indicándonos que ya debíamos partir y viajar con nuestros recuerdos.

La despedida de nuestro joven matrimonio vallsoletano que nos había acompañado en todo el viaje nos hizo ver que la partida estaba próxima.

Un detalle el agradecimiento de los excursionistas a nuestro chófer, Domingo, y a nuestra última guía, que habían estado perfectos.

En el aeropuerto las últimas compras, la apretada sala, el embarque y el traslado a Barcelona y de allí a Sevilla.

Nuestro periplo, la excursión y nuestros días se habían agotado.

Como recuerdo todos prometimos volver a encontrarnos en la siguiente, pues como decía al principio los amigos de los museos de Osuna son humanistas, y como Gregorio Marañón decía «El Humanismo es mucho más gesto y conducta, que en su sentir estricto, saber».